



EL EXODO: CORTEJO APASIONADO

Al analizar la festividad de Pésaj, la Torá nos dice: “Comerás matzá, pan ázimo, porque presuroso saliste de Egipto”.¹ ¿Cuál es la importancia de esta prisa, a tal grado que debemos recordarla para todos los tiempos?

Incluso antes de nacer Isaac, el hijo de Abraham, Dios dijo a Abraham que sus descendientes padecerían la esclavitud en una tierra extraña durante cuatrocientos años². Durante este periodo de penurias, ellos iban a adquirir la humildad que necesitarían para poder recibir la Torá y convertirse en un pueblo santo.

La profecía de los 400 años fue transmitida de generación en generación. Los israelitas en Egipto supieron de ella y por eso no rogaron a Dios que les rescatara antes del momento designado. Dios también dijo a Israel: “¡Aparta tus ojos de Mí, pues Me abruma!”³. En tanto no haya llegado el momento de la redención, no Me dirijas la mirada al rezar, no sea que Mi control se quebrante y te redima antes de tiempo.

Por ello, durante 190 años resistieron en silencio los trabajos forzados. Presenciaron cómo sus hijos eran utilizados como ladrillos en las mismas murallas que estaban construyendo. Vieron al faraón bañándose en la sangre de sus hijos, intentando una cura para su enfermedad cutánea.

Por último:

Los Hijos de Israel gimieron por el cautiverio y exclamaron; y su clamor ascendió ante Dios desde su cautiverio. (Éxodo 2.23)

Tárgum Yonatán escribe que no fueron gritos de quejumbre. Los hijos de Israel no estaban lamentándose por su desdicha, puesto que estaban perfectamente conscientes de que el doloroso exilio había sido decretado por Dios. Sus gemidos estaban dirigidos a la fuente de su amargura, su alejamiento de Dios. Este grito es el que Dios no dejó pasar.

Dios escuchó sus gemidos... Dios vio a los hijos de Israel y Dios reconoció.

Ya vimos que el verbo “conocer” en la Biblia suele referirse a la intimidad. Al alzar sus ojos plenos de añoranza hacia el Omnipresente, los israelitas despertaron Su anhelo por ellos y Su deseo de rescatarlos. Acto seguido, Dios envió a Moisés para sacarles de Egipto antes del momento designado.

LA RESISTENCIA ANTE MOISES

¹ Deuteronomio 16:3

² Génesis 15:13

³ Cantar de los Cantares 6:5



Cuando Moisés llegó para redimir a Israel, halló resistencia en dos frentes: los israelitas primero se rehusaron a salir porque creían que el momento señalado aún no había llegado; el Faraón se negó a dejarles salir a pesar de las plagas que repetidamente le azotaron.

El Midrash narra que cuando Moisés se presentó ante los israelitas para decirles que Dios deseaba redimirlos, plantearon dos objeciones: primero, si salían antes del momento designado, seguirían con sus defectos, pues la purificación a través del sufrimiento no estaría completa; segundo, al quedar sumidos en la máxima impureza de la cultura egipcia, habían venerado ídolos y se hundieron al cuadragésimo noveno nivel de impureza, a un peldaño de la destrucción total.

Moisés les contestó: “Dado que Dios os desea, Él pasara por alto tanto vuestros cálculos como vuestras practicas idolatras!” Dios, por así decirlo, deseo unirse a ellos y debido a ello pasó por alto todas las consideraciones.

Con increíble obstinación, el Faraón se negó a dejar salir al pueblo porque sabía que un momento había sido designado para la redención de Israel, rehusándose a creer que un despertar del corazón podría trascender los límites de la razón. Por ello, Dios hubo de sacar a Israel “con gran poder y una demostración de fuerza⁴”.

El precepto de comer matzá “porque presuroso saliste de Egipto” conmemora la prisa de Dios en rescatar a Israel antes del momento designado. Dios actuó con celeridad para liberarles antes de que cayesen a quincuagésimo nivel de impureza, pero también tuvo prisa porque deseaba al pueblo de Israel. La voz de Israel en el Cantar de los Cantares exclama:

¡La voz de mi Amado! ¡He aquí que vino repentinamente [a redimirme], saltando sobre montañas, brincando sobre colinas! (2:8).

También Israel tenía prisa, pues el amor de Dios por Israel despertó el amor de Israel por Dios, según el principio de que el amor provoca amor. “Así como en el agua un rostro se refleja con otro, también el corazón de una persona con otra⁵”.

Cabalá, Adaptado de Rabí R.M. Luria, “Maamar Ahabat ‘Olam Bet Israel’.

⁴ Éxodo 32:11

⁵ Proverbios 27.19